

neficio de 40 á 50,000 francos. Waterton asegura que en Roma se ponen algunas veces á la venta, en un solo día, hasta 17,000 codornices. En la costa española no es menos fructífera esta caza, que se verifica principalmente en la primavera. Sonnini nos manifiesta que en la costa de Morea, y particularmente en Maina, se salan las codornices para venderlas después en las islas del archipiélago. Los habitantes de la de Santorino hacen también, al parecer, sus provisiones de invierno, conservando estas aves en vinagre. Von der Muhle confirma el hecho en los siguientes términos: «En el Maina, y sobre todo en las islas, jóvenes y viejos se ocupan en cazar y preparar las codornices en el momento de su paso. Las cogen con lazos, redes y varetas de liga, y los chicos las matan á palos. Se las despluma primero; les cortan después la cabeza y las patas, les abren el pecho, sacando en seguida los intestinos; las empaquetan como arenques y las exportan. En ciertos puntos es tan importante esta caza, que en 1834, cuando la insurrección de Maina, al proponerse prohibir la venta de pólvora, el ministro Cobetti se opuso de una manera enérgica en el Consejo de Ministros, alegando que se despojaría así á los habitantes de su más importante recurso alimenticio.»

## III

«¿Es un ave de caza el tordo?»

Á esta pregunta, esperamos ver á los cazadores clásicos, los puristas y *sportsmen* sonreír y alzar los hombros. Para éstos todo lo que no sea perdiz, chocha, faisán ó codorniz, no es pieza digna de un tiro aristocrático.

Confesamos francamente que no comprendemos la necesidad de crear jerarquías en la cosa menos á propósito para ello, pues nos parece que la caza se caracteriza mucho menos por el valor y tamaño del objetivo que por el placer que se siente en ella.

Estas pobres aves tienen, por otra parte, el derecho de ser insensibles al honor con que se les trata; pero esto no las releva del rango inferior que les asignan algunos cazadores demasiado desdenosos, y esta estimación de los verdaderos cazadores les da derechos al título de aves de caza que algunos pretenden rehusarles.

Los detractores del tordo no han reflexionado que se exponían á ser acusados del crimen monstruoso de lesa gastronomía, pues el tordo es un bocado de primer

orden, y, bajo este título solo, merecía cien veces la citada calificación.

Los romanos, nuestros maestros en la gran ciencia de la buena mesa, y junto á los cuales somos tan poca cosa, tenían al tordo en mucha estima. Los conservaban en inmensas pajareras, en las que los engordaban con alimentos escogidos; y eran tan numerosas esas pajareras, que, según Plinio, no sólo el excremento de estas aves servía de abono para las tierras, sino que se utilizaba para engordar á bueyes y cerdos.

Sin embargo, no vayan á creer nuestros lectores, por lo antedicho, en el valor comestible del tordo en general, porque hay tordos y tordos, como tantas otras cosas.

En el norte, en los Vosgos, en Alemania, se cogen con lazo infinidad de estas aves, y son objeto de un comercio considerable; pero la carne de estos tordos, que no han llegado á la región de la viña, y se han alimentado de baya de enebro, serbal y muérdago, se caracteriza por una amargura que, aunque muy apreciada en estos sitios, no es del gusto de todos los paladares. El verdadero tordo, el digno bocado de un rey, es el que se mata en los viñedos, en donde, rápidamente relleno de racimos, nos presenta una agradable mezcla de néctar y ambrosía.

Creemos un deber advertir que todavía no se puede apreciar todo el encanto de comer tordos si no están preparados por la hábil y experta mano de un cocinero de esos sabios, que pretenden que el café sin achicoria es ardiente, que toda carne, por consecuencia, es mala, y os envenenan por pura filantropía.

Igualmente no debe tampoco olvidarse que una cocción prolongada volatiliza el aroma delicado del tordo, disuelve su grasa perfumada y la reduce á cartón piedra.

No creemos que pueda haber para un principiante caza más instructiva que la del tordo. Al arrancar vuela casi rasando el suelo entre dos cepas; después se para á treinta ó cuarenta pasos del cazador; algunas veces vuela en línea recta, otras se levanta y baja alternativamente; su vuelo, en una palabra, aunque mucho más rápido, es más irregular, más brusco, que el de las becacas: puede decirse que es el conejo de pluma. Así es que el tiro no puede ser objeto de ninguna regla, y esto es precisamente lo que forma su excelencia, pues se acostumbra á echarse la escopeta con rapidez á la cara, y este ejercicio es una segura lección, cuyos beneficios no tardan en reconocerse.

En los viñedos se tira á todas las variedades de tordos, y también á no pocos mirlos, que un proverbio



La vuelta del cazador

muy sabio aconseja no desdenar. Sin embargo, el malvis, el tordo que en la parte interior de las alas tiene dos manchas de un hermoso color encarnado, dominará siempre en el botín en proporciones considerables. No hay que quejarse por esto, pues esta variedad, aunque es más pequeña, es más succulenta: la carne de la drana y del litorno, tan estimada de los romanos, es muy inferior.

Para cazar tordos es preciso levantarse muy temprano. En su cualidad de buen bebedor del zumo de la cepa, apenas abre sus ojos cuando ya está en la viña atacándose.

Siguiendo siempre las mismas tradiciones, se retira y esconde entre las hojas de los árboles así que ha comido, á fin de reposar el vino. Cuando está el Sol en el cenit, es inútil recorrer el campo en su busca, pues los tordos que se encuentran entonces no valen ni la pólvora que en ellos se emplea. Á las tres de la tarde vuelven á aparecer para comer de nuevo hasta la puesta del Sol. Sin embargo, la caza por la tarde es siempre menos productiva que por la mañana, ya sea porque no todos vuelven de nuevo á comer, ó, lo que parece más probable, porque los tiros los hagan desconfiados.

Cuando se llega á un viñedo se tendrá cuidado siempre de tomar el viento de cara, no tanto por los tordos, sino por las felices consecuencias que puedan surgir de esta recomendación, pues algunas veces pueden encontrarse perdices, liebres y conejos; muchas otras, una codorniz perezosa á causa de su grasa, y que es una presa tierna y succulenta.

Una de las precauciones que no se deben olvidar es el perro cuando se sale á cazar tordos.

Ahora bien: ¿debe tirarse á los tordos parados? Nuestro parecer es que sí, aun cuando nos atraigamos las recriminaciones de los puristas. La verdad es que no se le debe buscar en los árboles: primero, porque no es una empresa digna de un cazador, y después, porque la cosa no merece el trabajo que hay que tomarse.

Mientras juguetea y come, el tordo se deja aproximar hasta muy corta distancia: cuando está alerta y al vuelo, es muy diferente. Sus instintos desconfiados y su astucia echan por tierra todas las precauciones que se quieran tomar con él. Cuando se para sobre un árbol, sube y baja continuamente de unas ramas á otras del punto en que se le ha visto parar, ocultándose y permaneciendo quieto y sin moverse, hasta el punto de escapar á todas las miradas más perspicaces.

Así, pues, lo mejor es cazarlos noblemente, sin que

por esto se entienda que vayamos á censurar el que el cazador los mate cuando los vea parados, no en los árboles sólo, sino hasta en las horquillas ó rodrigones que se ponen en los viñedos.

Los romanos engordaban á los tordos con higos picados y mezclados con harina de trigo candeal: algunas veces los alimentaban con maíz. En medio de de la pajarera corría, por un conducto, agua siempre limpia. Varrón, en su tratado *De re rustica*, describe la manera de engordar estas aves, y añade que los que se entregan á esta industria pueden realizar grandes beneficios, puesto que un tordo gordo puede valer en ciertas ocasiones hasta tres dineros.

Según Marcial, los romanos tenían la costumbre de enviar, como presente, á sus amigos, tordos atados en forma de corona <sup>(1)</sup>.

## IV

«Una de las aves más conocidas en los climas templados de esta parte del mundo en que nos ha tocado vivir, es sin disputa el estornino, ese pájaro de pico recto, cuya longitud iguala á la de su cabeza, de alas agudas, largas como la cola, y de plumaje suave y sedoso, que, puesto á la luz del Sol, refleja los colores del prisma.

El estornino no está poseído del furor de viajar, como acontece á la mayor parte de esas aladas familias que son caminantes perpetuos del espacio. Jamás abandona la enramada que le vió nacer, de la que si se separa es para volver en seguida; con facilidad se domestica; y como no le produce espanto la presencia del hombre, se acerca á nosotros en confiadas y numerosas bandadas, dándonos motivo para estudiar bien sus costumbres, así en la vida del cautiverio como en la existencia libre y aventurera de la campiña.

Llega el invierno y no cambia de domicilio: para él su casita de mimbres entrelazados es antes que todo, y lo único que hace al sentir los rigores del frío es buscar, en la misma comarca en que habita, los sitios cercanos á los manantiales de aguas calientes y que reciben de lleno la luz alegre del mediodía. El agua les encanta, les fascina de tal manera, que á veces mueren de frío en fuerza de bañarse tanto.

La soledad horroriza á los estorninos. Apenas han

(1) *Ilustración Venatoria*.—C. V.

concluido la cría, se reúnen en bandadas numerosísimas que tienen un modo especial de volar, y que parece sujeto á cierta táctica, ejecutando giros y evoluciones ordenadas, cual las de un cuerpo disciplinado que obedeciese á la voz de mando de su jefe. Forman siempre un pelotón espeso cuyo centro procuran no abandonar estas aves; y cuando lo hacen algunas impulsadas por la rapidez del vuelo, se apresuran instintivamente á reunirse al grupo principal, que á veces semeja un

negro torbellino que se agita incesantemente muy cerca de la tierra, destacándose sobre los colores que ofrece el cielo.

Esta clase de vuelo tiene para los estorninos una ventaja grande, y un inconveniente que no es menor. Consiste la primera en que las aves de rapiña no pueden hacer presa con la facilidad que desearan sus voraces instintos. Embarazadas por el gran número de sus débiles adversarios, inquietas por el continuo y



Aves frías

ruidoso batir de sus alas, y aturcidas, atolondradas por los gritos de terror que todos los estorninos exhalan á un tiempo, se ven casi siempre obligadas á retirarse sin llevar como trofeo ni una pluma siquiera de aquellos aéreos escuadrones que quisieran convertir en montón de cadáveres.

Es el inconveniente la facilidad con que los pajareos cogen un sinnúmero de aves á la vez, soltando, al encuentro de esas bandadas, uno ó dos estorninos que llevan atados á las patas unos bramantes largos untados con liga. Éstos se reúnen indefectiblemente con

sus compañeros; y á consecuencia de las idas y venidas, que no cesan un punto, enredan con la cuerdecilla fatal á una muchedumbre de pájaros, que caen juntos á tierra, revueltos en espantosa confusión.

Dicho se está el estrago que produce el plomo del cazador al tirar á corta distancia sobre esos apretados haces que forman los estorninos en sus caprichosas excursiones por las campiñas.

A la caída de la tarde es cuando se les tira con más fruto, porque es la hora en que se reúnen todos, cual si trataran de juntar sus fuerzas y hacer frente á los

peligros de la noche, que pasan ocultos en los cañaverales, inmóviles y sin dar señales de vida, mientras que por la mañana, y antes de separarse, las bandadas charlan de un modo inusitado.

¿Qué es lo que se dicen en su misterioso lenguaje?

Nadie lo sabe, pero debe ser un desquite del silencio que guardan durante el resto del día; silencio que no interrumpen sino cuando se ven amenazados por la garra y el pico de alguna ave de rapiña.

Al comenzar la Naturaleza á desperezarse del letargo en que ha dormido desde octubre, es decir, hacia mediados del mes de marzo, principian también los estorninos á electrizarse con los impulsos del amor, en cuyo período no cesan de oírse sus trinos y sus gorjeos. Sólo se ocupan de cantar y de gozar en apasionado concierto, hasta que llega la época de la postura. Un hueco en un árbol ó en un paredón, la cornisa de una casa ó la cavidad de una peña, cualquier sitio es á propósito para que el estornino tienda su colchoncillo de musgo y de hojas secas, destinado á recibir los huevos, que la hembra empolla diez y ocho días.

Terminada la cría, emprenden el vuelo por esos mundos de Dios, á través de los campos que ya verdean, en busca de gusanillos, escarabajos, cañamones, uvas y cerezas, que es el alimento de que más gustan, y cuyas sustancias sacarinas neutralizan el amargor de la carne de esta ave. De cerezas se sirven muchos cazadores como cebo infalible para atraerlos á las trampas que ponen en los cañaverales. Pero este sistema de caza sólo puede emplearse mientras duran las cerezas.

El reclamo es completamente inútil para los estorninos, porque no acuden al canto de sus congéneres; pero además de los lazos y del bramante untado con liga, de que ya hemos hecho mención, se cogen en algunos países atando á las paredes ó á los árboles en que suelen anidar, unos pucheros de barro cocido, en donde prefieren hacer sus crías; hasta que el puchero cambia de sitio de la noche á la mañana, cuando menos lo esperan los pobres pájaros, y quedan cautivos para siempre.

Estas aves, muy extendidas por todo el antiguo continente, viven de siete á ocho años, si tienen, por supuesto, la suerte de no tropezar con algún lazo ó alguna parancera, ó de no ser alcanzadas por la muerte que, bajo la forma de perdigones, les enviamos por el cañón de nuestras escopetas.»

## V

«La ortega ó polla del bosque, tiene la carne regalada y rica, y es plato digno de figurar en la mesa imperial,

y no sin razón se ha llamado á la ortega *ave de César* (1)

El macho de la ortega se distingue de la hembra merced á una mancha negra muy marcada en la garganta, y por su iris de un rojo muy vivo.

Esta ave sólo se posa en el centro de los árboles, es decir, en la bifurcación ó cruz de las grandes ramas. Tiene un vuelo muy pesado, se eleva con gran ruido y su instinto la lleva á posarse con preferencia en un abeto ó pinabete frondoso, donde puede permanecer inmóvil. Por una singularidad bastante notable, entran en celo estas aves en octubre y noviembre.

La hembra hace un nido en tierra, y pone doce ó quince, y algunas veces veinte huevos; sólo que, á las tres semanas de incubación, no llegan á sazón más que seis ú ocho polluelos.

La polla de bosque, bien que de condición muy pacífica, no se somete á la semidomesticidad como el faisán, á despecho de repetidas tentativas. Mora en los bosques más silenciosos, en las solitarias montañas, donde se alimenta, en verano, de moras silvestres, de arándanos y otros frutos pulposos, y en invierno de renuevos de pino y abeto, de semilla de abedul y de bayas de enebro.

La caza de la polla semeja á la del faisán. Cuando estas aves se ocultan en el centro de un frondoso árbol, se creen de tal modo seguras, que el cazador que descubre un par, pues apareadas andan siempre, puede matar una, volver á cargar y matar la otra, que se resigna á acufrucarse y esperar. En la primavera y en otoño es cuando se hace esta caza con más provecho.

La ganga ó perdiz de Inglaterra, polla de los Pirineos y *gandoulo* de la Provenza, es más conocida en las costas de África que en Europa, aunque no es rara tampoco en los climas análogos. La hembra no pone más que dos ó tres huevos y cría á sus polluelos agarrándolos como las palomas. Esta especie vuela á bandadas á una altura superior al alcance de la escopeta. Es muy arisca y de un acceso tanto más difícil cuanto que sólo se posa en medio de las llanuras descubiertas.

El único medio cierto de sorprender á la ganga es ir á esperarla hacia el mediodía ó por la mañana, durante los calores del verano, á la orilla de los estanques ó de los arroyos á que suele ir á beber. Es menester estar bien oculto uno y aun tirarle al vuelo, pues por poco que se haya espantado no esperará á los disparos de la escopeta.»

(1) *Manual del cazador*, de Renard.

«La avutarda es un ave muy gruesa, su plumaje es de color leonado vivo sobre la espalda, jaspeado con una multitud de líneas ó rayas negras: lo demás es parduzco. El macho, que es el pájaro mayor de Europa, tiene las plumas de los oídos prolongadas.

La avutarda es un género granívoro, que habita con preferencia en medio de las praderías. No hace nido para su incubación, sino un agujero en tierra en mitad de los trigos cuando empiezan ya á madurar, poniendo en él dos huevos, que calienta por espacio de treinta días. El macho es casi una tercera parte mayor que la hembra.

Estos pájaros son con exceso ariscos y salvajes. Sin embargo, empleando los mismos medios que para la oca silvestre, se puede dar caza á algunos.

Hay una variedad de avutarda que llama Linneo *otis létrao*, de tamaño menor, de plumaje algo diferente y de más instinto. La hembra difiere del macho en la parte superior de la cabeza y cuello, variados de negro y amarillento, y la pluma del ala rayada de negro. Pone tres ó cuatro huevos.

Todas las variedades de avutarda son tan ariscas y salvajes, que es difícil, si no imposible, matarlas en caza franca, pues se ponen fuera de alcance y hay que cazarlas con artificio. Entre otros se suele emplear el siguiente en la Champaña, donde son muy comunes en todo tiempo.

El cazador monta un caballo en pelo y se dirige al paraje en que se hallan, armado de una escopeta.

Así que las columbra se tiende sobre el cuello del caballo, y sigue en la misma dirección así disimulado. Las avutardas, que no desconfían del cuadrúpedo, siguen tranquilamente paciendo; y el caza-



Junto al agua